

de arrojadas. En los programas de mano, mientras había que buscar con lupa la referencia del autor y de los actores, el pintor de marras aparecía retratado a página entera.

Precisamente en el comentario laudatorio que me inspiró el conocimiento de Pepita Serrador, subrayaba este sabor a teatro-teatro (si hemos aceptado la definición «café-café», ¿por qué no he de permitirme la de teatro-teatro?) que encontré yo en el espectáculo de ver en las tablas a una actriz de raza, a una comedianta que hace comedia con todo el cuerpo, con las manos, con los ojos, con la voz, con la punta de los pies. Una comedianta que hoy, tras haberla visto interpretar un drama (un drama también bastante ramplón, como es «La sombra»), me parece todavía mejor que entonces, cuando únicamente la había juzgado a través de su labor cómica. Pepita Serrador, que, aquí mismo, Julio Coll calificó de «mujer-payaso», resulta que se mueve con idéntica soltura, con la misma tranquilidad en el drama que en la comedia. Se muestra tan hábil en arrancarle al público carcajadas como lágrimas. Y esa auténtica hazaña — ¿cuántas actrices nuestras, señor aficionado de la calle de Balmes, son capaces de realizarla? — sólo es posible contando, quien la realiza, con dos cosas: inteligencia y facultades. La señora Serrador es un instrumento maravilloso, un órgano magnífico. Y, además, la excelente organista de sí misma. Conoce al dedillo sus teclas, sabe sacar partido como nadie de sus variados registros. Algunos la tachan de exagerada, lo mismo en el género bufo que en el dramático. Yo les replicaría lo que aquel joven primer actor, cuando se le acusa de gritar en escena: «Grito porque puedo. Que griten los demás...» Exagero porque puedo, podría parafrasear Pepita Serrador. Que exageren las otras...

Inteligencia y facultades. Los grandes intérpretes no poseen otro secreto. ¿La inspiración? Del mismo modo que no hay para el escritor inspiración más fructífera que escribir cuatro cuartillas diarias, para el actor o la actriz, el hábito supraterráneo, el quid divino, consiste en disponer de un físico exacto que se pliegue, dócilmente, a las exigencias del curso del cerebro. Lo



Pepita Serrador

demás es literatura, en el sentido peyorativo de la palabra. Sarah Bernhardt, despachado el más patético instante de «Phédre», dejando al espectador con la piel de gallina, desaparecía entre cajas y emprendía «ipso facto» a su representante con la indagación de si había encargado ya sus predilectos canelones. Margarita Xirgu, en el Olimpia, una noche, acabó la escena cumbre de «Fuenteovejuna» y, sin el más leve compás de espera, vino o un grupo apostado entre bastidores para sumarse, a carcajado limpio, al regocijo provocado por un chiste referido por el gracioso de turno. Los buenos intérpretes se distinguen

por ese don de provocar, a voluntad, la emoción en el público. Usted, desconocido y apreciado corresponsal de la calle de Balmes, opina que yo me he excedido distinguiendo ese don en Pepita Serrador. Porque usted se declara viejo aficionado al teatro y asiduo y por lo general comprometido lector mío, lamento en el alma que, por una vez, hayamos discrepado. Y como que uno de los dos debe de estar equivocado, prefiero, aunque tal preferencia no me acredite de galante, creer que la razón está de mi parte.

Suyo afectísimo,

SEMPRONIO